

Del P. Martin Perez decia uno de los Superiores que tuvo, varon de mucho espíritu, que veneraba en él á un Pablo ó á un Hilarion; y en este pensamiento concurren otros muchos de la Compañía, que decian habian satisfecho con ver á este venerable varon el deseo que tenian de ver las vidas que hacian aquellos santos Padres antiguos del yermo, muertos del todo al mundo y á sus cosas.

Llegando una vez al colegio á visitarle el capitan que gobernaba aquella provincia, y entrando un soldado de su parte á darle aviso de cómo estaba allí, le respondió el Padre: «Diga Vm. al señor capitan que estoy rezando las Horas, y así no puedo hablarle.» Respuesta de que no se sintió el capitan, que conocia y estimaba al muy religioso Padre, que en este tiempo sólo gustaba de su retiro con Dios, y así se volvió muy edificado y el Padre prosiguió con su santa devocion.

En la leccion espiritual fué tambien muy puntual, atento y continuo, y en el libro de que para ella usaba hallaron muchos papeles y apuntamientos de materias espirituales, que el Padre notaba para fijarlos más vivamente en su memoria.

De los favores y regalos que en trato tan continuo con Dios recibió, se pudiera decir mucho, si no lo hubiera encubierto su grande silencio.

Finalmente, estando ya en el retiro de sus ocupaciones y santo ocio de su espíritu, le llamó el Señor para sí, enviándole tres meses ántes una calentura que por todo este tiempo le tuvo en la cama tan atormentado y flaco, que se vió obligado á estar casi inmóvil, sin poderse mover de un lado á otro, lo cual llevaba con tal paciencia que ponía admiracion á los que lo veían.

Recibió todos los sacramentos, y faltándole despues por tres días el uso de los sentidos, no le faltó el uso de levantar su corazon al Señor, diciendo entre dientes versos de salmos, conforme su costumbre convertida ya casi en naturaleza.

Fué ésta poco á poco faltando, y acercándosele al P. Martin Perez el premio de sus santos y prolongados trabajos, durmió en el Señor á los 24 de abril de 1626, á los sesenta y cinco de su edad, cuarenta y nueve de Compañía y treinta y uno de profesion en ella, y más de treinta de misiones, donde ejerció los heróicos actos de señaladas virtudes, que quedan por mayor apuntados.

Ganó el venerable P. Martin Perez para con Dios nombre de ministro fiel de su Evangelio; para con los de la Compañía, estimacion de insigne misionero, ajustado y observantísimo religioso; para con todos los de la provincia de Cinaloa, nombre de padre y reverencia de santo, que aún hasta hoy vive su memoria en los corazones de todos; y él lo ganó por haber llevado las

primeras luces de nuestra santa fe y los primeros rayos de los misterios divinos, siendo confundador de su cristiandad con el santo mártir P. Gonzalo de Tapia, con que se puede decir, que un mártir y un confesor santo la fundaron.

Hace mencion de este insigne varon el P. Andrés Perez en su *Historia de las misiones de Cinaloa* en varias partes de ella, principalmente en el libro 5.º, cap. XXII.

P. ANDRADE.

H. FRANCISCO DE CASTRO

MANDABA Dios en la Ley antigua, que partiesen igualmente los despojos en la guerra los que servian en los reales y los que salian á la batalla; porque no se debia ménos la victoria á los primeros, que con su trabajo sustentaban los soldados, que á los segundos, que peleaban con la espada contra los enemigos. Y en su Evangelio dice Cristo, que el que hospeda al Profeta, recibirá el premio del Profeta, y el que sustenta al Justo, el premio del Justo; porque ni el uno ni el otro pudieran trabajar ni servir á Dios en sus oficios, si las personas piadosas no los hospedaran y sustentaran con su trabajo: todo lo cual se verifica en las personas espirituales y legas, que por sí no pueden predicar ni tomar el oficio de convertir almas, pero pueden igualar en mérito á los que las convierten, ayudándolos con su trabajo y sirviéndolos: con lo cual tendrán parte en su predicacion y en las conversiones que hicieren, y merecerán igual premio, como sucedió al H. Francisco de Castro, cuya vida escribimos, el cual gastó treinta y tres años, los mejores de su vida, en servir y sustentar con el sudor de su rostro y el trabajo de sus manos á muchos predicadores apostólicos en la provincia de Cinaloa; y si, como dice Cristo, el que sustenta al Profeta, tendrá premio de Profeta; este bendito Hermano, que sustentó los mártires, tendrá premio de mártir, por haberlos servido, y sustentado, y acompañado hasta la muerte, y padecido por ellos muchos y grandes trabajos.

Nació este dichoso Hermano en una corta aldea de Sevilla, llamada Ginés.

Sus padres eran honrados y ricos, segun su calidad, de lo mejor de su tierra, y tenian á su cargo las haciendas del Marqués de Villamanrique, con quien

tenian grande valimiento, y cuando pasó á Méjico por virrey, les pidió á su hijo Francisco para llevarle consigo y emplearle en puestos de importancia, adonde ganase honra y hacienda, que es el blanco á que tiran los que pasan á las Indias, y sus padres se le dieron con mucho gusto; pero Dios le llevó con otros intentos más altos y de mayor interés para su hijo.

Tendría á esta sazón poco más de veinte años; pero muchos de virtud y buena habilidad, porque era de buen ingenio, vivo y despierto, obsequioso y agradable, inclinado á dar gusto y trabajar, con que ganó la voluntad al Marqués y á los de su palacio, los cuales le amaban y estimaban por su honrado trato y apacible condicion; pero lo que más le importó, fué el estudio de la virtud, á que con mayores veras se entregó, frecuentando los Sacramentos y las casas de los religiosos, la oracion y devocion con la Santísima Virgen y los santos del cielo, cuyas vidas y virtudes propuso firmemente imitar, para lo cual, mirando con luz del cielo los lazos y estorbos del mundo, se resolvió á dejarle y con él las esperanzas de alcanzar honras y riquezas perecederas, y entrar en la Compañía para conseguir las eternas.

Dió parte de esta resolucion á los Superiores, los cuales, examinada su vocacion y conociendo ser de Dios, le admitieron de buena voluntad; pero no se ejecutó hasta dar cuenta al virrey, así por ser criado suyo, como por el amor que le tenia; pero este no llegó á impedirle tan grande bien, porque Francisco habló al virrey con tantas y tan vivas razones, representándole cuánto le importaba el estado que elegia y lo que en él interesaba de honra y riquezas eternas, de quietud y estimacion; que el buen caballero, como tan cristiano y cuerdo, convencido de sus razones, le dió grata licencia para entrar en la religion y servir al Rey del cielo, que paga mejor que todos los de la tierra, y dijo á nuestro Provincial: «Yo le doy con gusto, aunque le tenia con él, y me privo de mi comodidad, asegurando á V. Paternidad, que no le pesará de haberle recibido,» como en la verdad se cumplió.

Con esta licencia del virrey, fué recibido en la Compañía, teniendo veinte y cinco años de edad y mucho más de virtud, seso y cordura, como lo mostró en la religion, en la cual se halló tan gustoso, tan contento, devoto y tan amigo de todos, como si hubiera nacido en ella.

El primero día estaba más hallado que otros en muchos años; todo le agradaba y convenia con su natural, sin hallar violencia ni dificultad en nada, con que corria á ligero vuelo en la observancia, sin repugnancias que vencer, como suele acontecer á otros.

Todo su alivio eran los Superiores, y él era el alivio de todos, el ejemplo de la casa y la edificacion del noviciado, el cual acabado, hizo los primeros votos y pasó al colegio, en el cual hizo oficio de cocinero cinco años, con el

mismo ejemplo con que vivió en el noviciado, sirviendo con mucha humildad y aplicacion en aquel trabajoso ministerio, porque tuvo siempre grande estima del estado á que Dios le llamó de Coadjutor temporal, honrándose más de él que pudiera de los puestos más levantados del siglo pues; ninguno iguala al que se tiene en la casa de Dios, á quien servir es reinar, imitando á los ángeles y santos, que sirviéndole reinan en el cielo.

Corria el año de mil y quinientos y noventa y uno, en que este fiel siervo de Dios se ocupaba en servir á la religion en oficio tan humilde con el gusto y alegría referida, mirando en los hombres á Dios á quien en ellos servia; cuando el santo mártir Gonzalo de Tapia, primer apóstol y fundador de la cristiandad de Cinaloa, vino á Méjico á tratar con los Superiores de la Compañía, y con el Arzobispo, y virrey, de las cosas tocantes al aumento de aquella nueva cristiandad, dándoles noticias del estado en que se hallaba, y la necesidad que habia de Sacerdotes y religiosos que cultivasen aquellas incultas gentes sumidas en el abismo de la idolatría, entre las cuales habia muchos pueblos y muchas tierras pobladas de inmensa gente, que pedian ser enseñados en la ley santa de Cristo.

Y como era este el principal blanco de su venida, puso el mayor esfuerzo en llevar consigo las más personas que pudiese de toda satisfacion, celo y espíritu para la conversion de aquellos indios. Y como el H. Francisco de Castro era tan ejemplar y fervoroso, en oyendo al santo P. Tapia, se movió su corazón á seguirle y á emplear su vida en ayudar cuanto pudiese á los que cultivaban aquella viña de Cristo, y movióse más con el trato y conversacion del santo mártir, prendado de su modestia, afabilidad y religion; porque en todo resplandecia como un sol de santidad.

Dióle el buen Hermano parte de sus deseos, los cuales estimó y alabó mucho el P. Tapia, y recabó de los Superiores que se le diesen para el buen progreso de aquella fundacion; y así partió con él á Cinaloa el año ya referido.

Salieron los indios á recibirlos, treinta leguas ántes de llegar á la villa de los españoles, con todas las demostraciones de gusto y alegría imaginables; y no la tuvo menor el bendito mártir, viendo la fidelidad y muestras de amor de los hijos que habia reengendrado en Cristo; recibiólos y agasajólos con toda la benignidad posible; dióles los doncellos que traia, que aunque de corto valor, estiman ellos en mucho. Díjoles lo que habia negociado para su consuelo y alivio, y cómo traia nuevos Padres, que les predicasen, y enseñasen, y dijesen Misa, que fué para todos de grande regocijo, y así los recibieron con muestras de suma alegría, de que tuvo grande consuelo el H. Francisco, y, sin esperar á más plazos, se les hizo muy amigo, acariciándolos y regalándolos cuanto pudo.

Cuando llegó á Cinaloa, estaba la fundacion tan al principio, que los pocos Padres que habia no tenian casa, ni iglesia, ni más habitacion que unas pobres chozas compuestas de ramas y cubiertas de heno; las camas eran de lo mismo, la comida calabaza seca y maíz de la tierra, y, por grande regalo, algun pescado de los rios; vino no le habia sino para las Misas, ni pan más que para las hostias con que las decian, y á este modo era el vestido, tal que los soldados españoles andaban cubiertos con pieles curtidas de animales.

Este fué el opulento colegio en que entró el fervoroso H. Francisco, en que tuvo bien en que emplear los aceros de su buen espíritu, como lo hizo el resto de su vida; porque luego puso manos á la obra y se encargó de todos los oficios, ayudándose para ello de los indios más ladinos.

Él era cocinero, y buscaba y guisaba á todos la comida; era sacristan, componiendo el altar, guardando y previniendo el vino y las hostias para las Misas; hacia oficio de ropero, cosiendo los ornamentos y los vestidos, y de lavandero, lavando y jabonando los lienzos, así los que servian al altar como á los de casa en la mesa y fuera de ella.

Era enfermero que los curaba y regalaba cuando caian enfermos; tambien servia de hortelano, cultivando la tierra y sembrando legumbres para el sustento de la casa; hacia oficio de procurador, no para comprar ó vender, que no habia qué, sino de procurar y buscar lo necesario; y finalmente, no se ofrecia cosa alguna á que no pusiese el hombro, trabajando á todas horas incansablemente; pero en lo que más se esmeró y donde gastó el sudor de su rostro, fué en fabricar la iglesia y un pedazo de casa en que los Padres viviesen. Aquí echó toda el agua y restó todas sus fuerzas, trabajando á todas horas, sin dar descanso á su cuerpo, ni perdonar á cuidado ni trabajo que pudiese poner en esta obra; porque él iba con los indios á las sierras á cortar la madera, y los ayudaba á traerla en hombros, y á cepillarla, y labrarla; les traia la tierra, amasaba el barro, hacia los adobes, y sufriendo ardentísimos soles, servia á los que levantaban las paredes, acarreando los materiales.

Cuando los indios medio desnudos sudaban con el trabajo y el calor arroyos de agua, el buen Hermano, con una alegría y sufrimiento admirable, los animaba y esforzaba con dulcísimas palabras para que no desfalleciesen con el trabajo, como si él no le pasara; tal era su fervor, y caridad, y el teson in fatigable con que perseveraba en el trabajo hasta consumir la fábrica.

En acabando una, pasaba á otra residencia á fabricar otra iglesia y otra casa, y así se debe á su trabajo y solicitud grande parte de toda aquella mision de Cinaloa y de las muchas almas que se han convertido en aquella tierra del ciego paganismo á la fe santa de Cristo, á que no sólo ayudó con

el trabajo corporal, sino tambien con el espiritual, doctrinando y enseñando á los indios gentiles la doctrina cristiana y los misterios de nuestra santa fe, y cómo se habian de confesar y preparar para recibir la sagrada comunión.

Para estar más expedito aprendió su lengua, y los catequizaba en ella, y enseñaba las oraciones de la Iglesia y la devoción con los santos. Y cuando le daban treguas los negocios y ocupaciones de sus oficios, acompañaba á los Padres misioneros á las aldeas y reducciones, y en particular al santo mártir Gonzalo de Tapia, á quien tuvo siempre por maestro y por padre de su alma: hacia misiones con ellos, ayudándolos en lo temporal y espiritual cuanto daba lugar su estado; y por estas buenas obras y por las que hacia á los indios, componiendo sus pleitos y curándolos cuando enfermaban, y defendiéndolos de los soldados españoles para que no los maltratasen, le miraban y estimaban como á padre universal de todos, y le obedecian y servian con tanto amor y cariño como si fueran sus hijos y él su propio padre; porque el amor gana amor y la voluntad voluntades.

Por este tiempo, que fué el año de mil y quinientos y noventa y cuatro, en el mes de junio sucedió, como dejamos dicho, el martirio del santo Padre Gonzalo de Tapia, y cuando lo supo el buen H. Francisco de Castro, su inseparable compañero, lloró amargamente la muerte de su santo Padre y su corta dicha de no haberse hallado con él para ser su compañero en el martirio, diciendo que por sus pecados no lo habia merecido.

Procuró traer su cuerpo y enterrarle con toda veneracion, guardando sus alhajas por reliquias como de mártir de Cristo, celebrando su triunfo con alabanzas de Dios y con lágrimas nacidas de santa envidia y ansias de morir por Dios, acompañando su dichoso martirio.

No se cuentan de este siervo de Dios obras que fuesen milagrosas, pero sí milagrosas virtudes, las cuales no son de ménos estima que las obras, ni de menor merecimiento en los ojos de Dios, que da con justas balanzas el valor á cada cosa, y nos propone las virtudes de los santos para que las imitemos y no las obras milagrosas.

Las de este buen Hermano fueron muchas y admirables, y aún dechado de perfeccion á todos los religiosos, y en especial á los de su estado; porque comenzando de la caridad para con Dios, que es la primera de todas las virtudes, la tuvo en grado muy subido, amándole sobre todas las cosas desinteresadamente, sin tener otro blanco en sus obras más que su gloria y servicio y el loor de su santo nombre, el cual le movia á fabricar las iglesias de aquella cristiandad á costa de tanto trabajo, adornar los altares, colgar las iglesias, servir á las Misas como si fuera su principal ocupacion. Y estando en su residencia, solicitaba la conversion de toda Cinaloa, enviando á todas partes

vino y hostias, imágenes, ornamentos y cuanto era necesario para el culto divino y adorno de los altares en que Dios fuese alabado y glorificado. Y para que no faltase cosa alguna de las tocantes al altar, enviaba á Méjico por ornamentos, vestiduras, imágenes, campanas, cálices, y los repartía por todas las residencias, para que se celebrasen los oficios divinos, y Dios fuese alabado en la tierra de los hombres como lo es de los ángeles en el cielo.

El mayor gusto que le podían dar, era decirle que había alguna nueva conversión de pueblos idólatras que trataban de recibir la ley de Dios: aquí se alborozaba su espíritu y se llenaba de gozo, viendo que se destruía el poder de Satanás y que se aumentaba el reino de Cristo, que cesaban los vicios de las idolatrías, borracheras y lascivias de aquella gente ciega, y que eran alumbrados con la luz del Evangelio de Cristo.

Pasando por una población de gentiles, les habló de las cosas del cielo con tanto ardor de espíritu, que se movieron á pedir predicadores que los enseñasen y doctrinasen en la ley santa de Cristo, de que el siervo de Dios recibió tanto gozo, que no cabía en sí mismo; y luego sin más dilación levantó una hermosísima cruz en la plaza, como tomando posesión de aquel pueblo en nombre de Jesucristo, asistiendo los indios que se arrodillaron con el bendito Hermano, y adoraron la santa cruz como el trofeo de nuestra Redención, cantando himnos y alabanzas á Dios, y luego vinieron Padres Sacerdotes que los enseñaron y bautizaron con igual gozo de sus almas y consuelo del santo Hermano, á quien se debió aquella conversión, por la cual y por los demás beneficios no cesaba de dar gracias á Dios todos los días.

A esta clase del amor de Dios pertenece el ejercicio de oración en que gastaba muchas horas del día; porque, no obstante la multitud de ocupaciones que tenía á su cargo, la primera fué siempre la de su propio aprovechamiento, cuidando en primer lugar de su alma, y en segundo de lo demás: y aunque á costa del sueño, que en tan continuo trabajo era bien poco, pasaba muchas horas de la noche en oración con Dios.

Nunca salió al trabajo sin haber tomado este aliento y refuerzo espiritual del alma, adonde cobraba fuerzas para trabajar con fervor todo el día, y lo más ordinario oraba delante del Santísimo en la iglesia; y, siempre que le daban algunas treguas las ocupaciones exteriores, se retiraba con Dios á coloquios divinos y contemplación de sus misterios. Comulgaba muy á menudo, ayudaba á cuantas Misas se decían con notable devoción y puntualidad en las ceremonias que le tocaban, y siempre andaba en la presencia de Dios, á quien amaba y miraba en lo íntimo de su corazón.

¿Qué diré de la caridad que tenía para con los prójimos? Verdaderamente fué tal que, cualquiera cosa que se diga no iguala á lo que fué en la verdad:

porque no hay madre tan amorosa para con sus hijos, como él lo fué para con todos, y en especial para con los pobres indios, á quien amaba, acariciaba y servía, como si fueran sus hijos; sufría sus ignorancias, en que había mucho que sufrir, sobrellevaba sus yerros, enseñábalos, curábalos, sustentábalos, dándoles con entrañas de caridad cuanto podía.

El año de mil y quinientos y noventa y tres, poco después de haber llegado á Cinaloa, dió en aquella tierra una peste de viruelas, de que enfermaron y murieron innumerables indios. El contagio era tal que se pegaba con el aliento, y no había casa ni choza que no estuviese llena de enfermos y no pocos por los campos y los montes, sin tener médicos ni medicinas, y de tan mala calidad, que rompiéndose las viruelas, se hacían llagas, en que asentándose las moscas, dejaban queresas ó simiente, que en breve se convertían en gusanos, de que hervían los pobres indios con pestilencial hedor. Esta ocasión dió nuestro Señor al santo Hermano para que hiciese en ella alarde de su caridad.

Cuatro Sacerdotes estaban en la residencia con él, los cuales se repartieron por las estancias y pueblos de los indios, bautizando á los niños y á los ya catequizados enfermos, y sacramentando á los ya bautizados y enterrando los muertos: el H. Francisco quedó en el colegio, cuidando con suma caridad de todos los enfermos, y enviando desde allí lo necesario á los Padres que discurrían por los pueblos.

En esta cura parece que le conmutó Dios los encendidos deseos que tenía del martirio; porque con grande fervor ofreció su vida á Dios por las de sus hermanos, cuidando de todos con admirable caridad, dándoles la comida y las medicinas que podía, consolándolos, regalándolos cuanto alcanzaba su caudal, y parece que Dios le comunicó gracia de cirujano, porque los sangraba y curaba como si lo fuera.

A falta de los Sacerdotes, bautizaba los niños moribundos y enterraba los difuntos con admirable caridad, sin detenerle el peligro manifiesto á que se ponía de pegársele la peste y acabar la vida. Tal era el timbre de su caridad, que la daba con alegría por curar á sus hermanos.

Su penitencia y mortificación fué á la medida del amor que tenía á Dios, porque, como dice S. Bernardo, estas dos virtudes corren iguales balanzas; al peso que uno ama á Dios, se aborrece á sí mismo, y al peso que se ama á sí, falta en el amor de Dios: y como el de este santo Hermano era tan intenso para con Dios, á ese mismo peso era riguroso para consigo.

Todos los días tomaba una sangrienta disciplina; su comida era un perpetuo ayuno, muy parca, y sin desayunarse jamás por mucho que hubiese de trabajar: y era cosa admirable el cuidado con que en amaneciendo guisaba el

almuerzo á los que trabajaban en las obras y el amor y liberalidad con que se lo repartía, y trabajando él más que ninguno, no lo gustaba, ofreciendo aquella mortificación á Dios.

En treinta y tres años que estuvo en Cinaloa, no se le conoció cama, ni se desnudó ni acostó para dormir, porque en una pobre silla, y, cuando caminaba, en el campo sobre una piedra, ó arrimado á un árbol, tomaba un corto reposo, y luego se levantaba á la oracion, en que perseveraba hasta que salía el sol.

Andaba pobremente vestido, y lo más del tiempo con una sotana parda y vieja de barato, como si fuera un jornalero alquilado para servir en la casa; y con ser tan inclinado á dar limosna, que nunca le sufrió el corazón despedir desconsolado á pobre que la pidiese, y tener á su mano cuanto había en el colegio, nunca dió cosa alguna sin expresa licencia del Superior. Al mismo tenor se esmeró en el recato de su persona y en la obediencia puntualísima á los Superiores con inviolable observancia de las reglas.

De su humildad pudiéramos decir mucho, y se colige de lo dicho hasta aquí; porque, con trabajar tanto, siempre se tenía por inútil, y nunca se le oyó palabra de alabanza ó estimacion de lo que hacía; honraba á todos y en especial á los Sacerdotes, á quien tenía tanto respeto, que no se atrevía á cubrirse en su presencia; y, lo que excede á todo el modo ordinario, tomaba para lavarse el agua en que se habían lavado, no se teniendo por digno de gastar la que estaba preparada para ellos en el colegio, que, aunque parece menudencia, declara el respeto que les tenía.

Finalmente, fué un perfecto religioso, espejo y dechado de su estado de coadjutor temporal, lleno de altas virtudes, en las cuales fué creciendo desde que entró en la Compañía hasta el día en que murió, que juntas con su buen caudal, maduro juicio, prudencia, sinceridad y verdad, le hicieron amable y respetable á todos los que le trataron.

Queriendo nuestro Señor darle el premio de sus trabajos, le envió un recio dolor de estómago, estando fuera del colegio en una heredad, el cual le apretó de manera, que no pudo venir á él, como lo deseaba, á morir entre sus hermanos, cogiéndole dos leguas distante: dos hombres que se hallaron presentes, le compusieron una pobre camilla para recostarle en ella; mas, como no la usaba, no pudo tomar descanso, y así le sentaron en una pobre silla, que era su ordinaria cama, en la cual, con un santo Cristo en las manos y una vela bendita encendida, en santos coloquios, dió su alma á nuestro Señor, que para tanta gloria suya le crió, teniendo sesenta y cinco años de edad y cuarenta de religion.

Había comulgado en el colegio dos días ántes, y así no le halló la muerte

desapercibido, porque toda su vida fué una continua preparacion para morir.

Su muerte fué sentida de todos, y más de los indios, que la celebraron con lágrimas, llorando la muerte de su comun Padre, á quien tuvieron por tal y sin él se tenían por huérfanos y desamparados; pero en el cielo no se ha olvidado de ellos, alcanzando de Dios muchos y santos obreros que han ido á enseñarlos.

Su vida, por ejemplar y santa, escribió el P. Andrés Perez de Rivas en la *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. 3.º, cap. xxxv, y yo la he querido poner aquí para comun edificacion y ejemplo de todos. Fué su santa muerte el año de 1624; el día fijo no se sabe.

P. ANDRADE.

P. HERNANDO DE VILLAFANE

POR haber sido este esclarecido religioso compañero y condiscípulo del santo mártir Gonzalo de Tapia y sucesor suyo en la mision de Cinaloa, y alcanzado al H. Francisco de Castro en ella, para complemento de su historia, se pone aquí su vida que fué la siguiente:

Nació el P. Hernando de Villafane en la ciudad de Leon de Castilla la Vieja, de padres muy nobles, de quien recibió muy cristiana doctrina en los primeros años, criándole con particular cuidado y aplicándole al estudio de la latinidad y virtud, en que dió prendas de su buen ingenio.

Despues le enviaron á Salamanca para que estudiase Derecho; pero, como Dios lo prevenia para otros altos fines, así le puso prendas que le asegurasen la consecucion de ellos; porque, demás de la diligencia en la facultad que estudiaba, la ponía mayor en la modestia y recato de sus acciones.

Era de singular ejemplo á los de la Universidad en la compostura y honestidad de su persona, descubriendo lo que había de resplandecer despues en él; porque juntamente con alumbrar nuestro Señor su entendimiento para las letras, aprovechaba más en desengaños de la vanidad del mundo.

Esta consideracion hizo tanto peso en su alma que se determinó á dejar el siglo, donde pudiera prometerse mucho descanso y regalo por la riqueza y nobleza grande de sus padres; encomendaba muy de veras á nuestro Señor estos desesos, suplicándole que, si le agradaban, los perfeccionase.